

EL MILITARISMO EN MEXICO.

Considerando que es el militarismo la causa directa de la situación en que nos encontramos, será muy conveniente principiar por estudiarlo con detenimiento, á fin de que una vez conocidos sus efectos, tan desastrosos para la tranquilidad ó para la libertad de la República, podamos, con mayor conocimiento de causa, aplicarles el remedio necesario para lograr el restablecimiento de la paz dentro de la ley, de la paz, algo turbulenta si se quiere, pero llena de vida, de los pueblos libres, y no la paz sepulcral de los pueblos oprimidos, en los cuales ningún acontecimiento tiene el privilegio de turbar su impasible tranquilidad.

Para que este estudio sea completo, necesitamos remontarnos á nuestra guerra de independenciam,

tocando de paso, brevemente las causas que la originaron.

Tres siglos de opresión, durante los cuales estaban proscriptos del suelo mexicano todos los derechos que podían servir de baluarte al hombre contra la tiranía, dieron por resultado que se consideraba como estigma nacer en este suelo, que era un crimen ser mexicano, crimen castigado por los conquistadores con crueldad, no desprovista de avaricia, puesto que el principal castigo que les imponían era reducirlos á la esclavitud y hacerlos trabajar sin descanso en el cultivo de sus tierras, la explotación de sus minas, para llenar sus arcas de oro.

El régimen vireinal establecido por España, era verdaderamente odioso, puesto que todos los indígenas y aun los mestizos y los criollos, estaban completamente á merced del Virrey que venía de España y que ejercía un poder absoluto y en alto grado despótico.

Es cierto que hubo algunos Virreyes de nobles sentimientos que obraron con rara magnanimidad en todos sus actos, y cuyos nombres aún se citan con veneración y respeto, pero su conducta, noble y generosa, sólo servía para poner más de relieve, la avaricia, el despotismo, la crueldad de los más.

México, lo mismo que todas las colonias hispano-americanas, era explotado sistemáticamente, y para que la Metrópoli obtuviera más pingües ganancias, tenía prohibido todo comercio con el extranjero, la explotación de algunas industrias y de ciertos ramos de la agricultura, con el objeto de no perder estos mercados.

A estas prohibiciones que tenían por objeto sacar

el mayor producto posible de las colonias, se agregaban otros menos sensibles para las masas, pero de un alcance más profundo para asegurar su dominación: estaba prohibida la introducción y la publicación de todos los libros que pudieran ilustrar al pueblo y elevar su nivel intelectual ó moral, y la instrucción pública estaba reducida á uno que otro Seminario en donde aprendían lo necesario para abrazar la carrera eclesiástica, pero en ningún caso lo que necesitaban para conocer sus derechos, para poder apreciar su situación histórica y geográfica, porque estas ideas, los podrían hacer concebir esperanzas de libertad y de redención.

Ese sistema de opresión había reducido á la más triste condición á los indios, considerados como esclavos y tratados como bestias de carga, pues no tenían más patrimonio que las escasas migajas de pan que les arrojaba su amo, no por humanidad, sino por el interés de no perder un sirviente.

Los mestizos y los criollos, descendientes de español, eran tratados un poco mejor, pero tenían vedado el acceso á todos los puestos públicos de importancia; en el ejército, no podían pasar del grado de capitán; en el sacerdocio, nunca pasaban de humildes párrocos, de curas; pero este puesto, considerado como sagrado en la época colonial y que muchos santificaron con sus virtudes, no los ponía á cubierto de las vejaciones de sus superiores; obispos venidos de España, inquisidores feroces con instintos depravados y que, con su insaciable sed de riquezas y de sangre humana, no respetaban ni los fueros eclesiásticos, cuando éstos estaban santificados por la virtud, pues ésta tenía que

ser forzosamente un estorbo para dar satisfacción á sus diabólicos instintos; tenía que erguirse serena y enérgica para protestar contra sus inicuos atentados; tenía que cobijar con su manto protector muchos desamparados; sabría arrancar de sus garras muchas víctimas.

El desenvolvimiento natural de los acontecimientos, tenía que aumentar constantemente el número de los oprimidos cuyas filas eran engrosadas principalmente por los descendientes de español, más ilustrados que la clase indígena y para quienes cada vez era más humillante y más pesado el yugo de la Metrópoli, mientras que el número de los opresores permanecía sensiblemente igual, así es que cada vez aumentaba más y más la desproporción entre los opresores y los oprimidos.

El resultado de esta angustiosa situación era que los nativos del país vivían en una ignorancia extrema y su nivel intelectual estaba tan poco elevado, que no podían comprender ni las más sencillas ceremonias del culto católico á pesar de ser lo único que se les enseñaba y mezclaban esas prácticas con las que heredaron de sus mayores, resultando un conjunto de prácticas extrañas, más parecidas á la idolatría que á ningún otro culto.

Eso, en cuanto á religión, pues en lo demás, tres siglos de esclavitud durante los cuales se habían sucedido muchas generaciones pasando bajo el mismo yugo, habían hecho perder á nuestra clase indígena toda noción de sus derechos, de la dignidad de que estaban investidos como hombres, y con tristísima resignación arrastraban la pesada cadena que los privaba de su libertad.

Los mestizos y los criollos, más en contacto con los peninsulares que venían de Europa, con más ilustración y más facilidad para adquirir alguno que otro libro que les abriera nuevos y más amplios horizontes, estaban cada día más impacientes al ver la irritante desigualdad con que eran tratados, y la tempestad, sordamente empezaba á prepararse en sus pechos.

Los humildes párrocos, en su mayoría mexicanos, que veían los altos puestos de la iglesia ocupados por obispos é inquisidores corrompidos, crueles y ávidos de riquezas, que no tenían más mérito para ocupar tan alta gerarquía, que venir de la Metrópoli; que veían á sus queridos feligreses explotados sistemáticamente con el diezmo, las primicias y toda clase de gabelas del gobierno virreinal, se sentían poseídos de noble indignación al ver las atrocidades cometidas con su desventurado rebaño por el cruel conquistador, por el ávido dominador; al ver falseada en sus principios más puros y más bellos la doctrina del Crucificado, encargados ellos de difundir entre esos desheredados de la fortuna; entre esos desdichados que tenían hambre y sed de justicia, entre esos seres humanos á quienes el Creador concedió derechos iguales á los más encumbrados personajes y que sus dominadores habían declarado bestias de carga y los trataban como tales.

Esos párrocos virtuosos, que cumplían verdaderamente con su santa misión, eran el objeto de las desconfianzas de los inquisidores y del alto clero que los vigilaba constantemente y procuraban por medio del Confesonario ó el martirio, encontrar

pruebas contra ellos, siendo las más terribles, las que podían demostrar que amaban verdaderamente á sus feligreses, que procuraban instruirlos, elevarlos, infundirles ideas salvadoras que los sacasen de la abyecta situación en que se encontraban.

Al venerable cura Hidalgo, padre de nuestra independencia, se le seguía secretamente en la Inquisición, un proceso desde el año de 1800 y si más se ha tardado en lanzarse á la lucha, quizá se lo impidan los esbirros de la Inquisición que ya estaban afilando sus guerras para avalanzarse sobre él como fieras sedientas de sangre humana.

En cambio, todas las tierras, todas las minas, todas las propiedades urbanas pertenecían al alto clero y á los dominadores, que gozaban de la mayor impunidad para cometer toda clase de atentados contra las clases oprimidas.

El continente hispano-americano, todo, se encontraba en semejante situación, cuando la gran ola de libertad que invadió al mundo á fines del siglo XVIII, llegó á nuestras playas siendo saludado con alborozo por un pueblo que por vez primera después de larguísima y dolorosa esclavitud oía la mágica palabra de LIBERTAD.

Esa ola bienhechora, que tuvo su origen en Francia, no pudo arribar á los pueblos que no estaban bien preparados para recibirla, y tuvo que ser llevada por las ballonetas de la República y del Imperio á toda Europa inclusive á España; cuyos nobles hijos se encontraban en una situación casi tan triste como los americanos, pues pesaba sobre ellos la doble tiranía de un clero fanático y ávido de

riquezas y de una monarquía absoluta, corrompida y degenerada.

La América Española, sumida en la más negra obscuridad, veía como metéoros luminosos las raras noticias que recibía de los triunfos obtenidos por pueblos que conquistaban su independencia, como el de los E. U. de América y á sus oídos llegaba, aunque vago, el eco de las entusiastas aclamaciones con que en Europa era saludado el advenimiento de la libertad.

Los derechos del hombre, proclamados solemnemente por el pueblo francés ante la monárquica Europa, hizo que los reyes temblaran de pavor al sentir en sus cabezas que su corona vacilaba y despertó en el corazón de los oprimidos, la conciencia de su dignidad, de su derecho, y les dió fuerza para emprender una lucha que antes hubieran considerado como imposible.

Los mexicanos ilustrados, especialmente los criollos, vieron abrirse nuevos y vastísimos horizontes á sus nobles deseos, á sus legítimas aspiraciones.

El clero bajo, compuesto de mexicanos, comprendió que los principios sublimes proclamados por la revolución francesa estaban de acuerdo con el espíritu de la doctrina cristiana, y todos comprendieron que puesto que los conquistadores y los que por tres siglos habían dominado sobre este Continente, no se apoyaban en otro derecho que el de la fuerza para ejercer sus vejaciones, era imprescindible recurrir al mismo poderoso argumento para sacudir tan pesado yugo.

Por este motivo vemos que el bajo clero mexicano tomó una parte tan activa en nuestra guerra de

independencia, en cuya empresa, fué ayudado eficazmente por el amor que inspiraba á las masas, que ciegamente lo seguían, porque comprendían intuitivamente que si esos hombres virtuosos habían cambiado la sotana por la espada, era para mejor defender sus derechos, para poder castigar á sus amos insolentes y crueles, para poderlos libertar de tan oprobiosa servidumbre.

Guerra de Independencia.

Una vez iniciada la guerra por el venerable cura de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla, y por sus valerosos compañeros Allende, Aldama y Abasolo, la idea cundió con maravillosa rapidez por todo el territorio de la Nueva España, á la vez que en otros pueblos hermanos era proclamado el mismo principio salvador por invictos americanos, que con denuedo admirable, lucharon, como nosotros, hasta conquistar la independencia de su patria.

En toda la América Española, la guerra revistió un carácter especial debido á la naturaleza del territorio en que tenía lugar.

La inmensa superficie que servía de teatro á la guerra, ponía á los insurgentes al abrigo de derrotas de consecuencia, pues les era fácil desbandarse cuando la suerte en los combates les era adversa, y como las pequeñas bandas recorrían terreno amigo, en todas partes encontraban ayuda, informes, que hacían imposible toda persecución eficaz.

Además, ese territorio de tan grandes proporciones, se encontraba dividido por gruesas cordilleras de montañas, en parte inaccesibles, ostentando majestuosamente sus picos coronados de nieve, sus flancos cubiertos de espesos bosques, que brinda-

ban fácil y seguro refugio á los hijos del país que conocían todas las veredas para llegar á ellos, y las cuales constituían caminos estrechos, pero rectos, que ora bordeando el precipicio, ora pasando la cañada por el único punto accesible, ora bordeando el río por el lugar menos peligroso, pronto los ponía á cubierto de la persecución de sus enemigos y les permitía reconcentrarse y rehacerse en puntos sólo de ellos conocidos, sólo para ellos accesibles.

Por otro lado, ríos caudalosos, selvas impenetrables y desiertos que inspiraban pavor y servían de sepultura al imprudente que se atrevía á penetrar en ellos sin conocerlos, eran otros tantos refugios para los que tenazmente luchaban por la libertad de su patria. Parece que ésta, como madre cariñosa, convertía para sus hijos en seguro abrigo los lugares en donde sus enemigos sólo encontraban la desolación y la muerte. Su manto, que bienhechor cobijaba á los patriotas, tan sólo de sudario sabía servir á sus opresores.

Batalla del Puente de Calderón.

El primer ejército levantado por los independientes, compuesto de chusmas indisciplinadas y mal armadas, difícilmente podían encontrar abrigo seguro en las montañas, ni en la selvas, ni tras los desiertos, y como al principio obtuviera algunas victorias sobre las fuerzas realistas que arrojara á su paso, audazmente retó al enemigo, que con fuerzas considerables, venía á atacarlo, siendo completamente derrotado en la tristemente célebre batalla del puente de Calderón.

A partir de esa derrota, es cuando se organizaron multitud de guerrillas, que con incansable cons-

tancia, luchaban por la independencia de su patria obteniendo frecuentes victorias, que avivaban más su fé en el triunfo final de la causa que defendían y siempre aumentaban sus elementos de guerra; sufriendo también derrotas que nunca las aniquilaban, pues en el bosque cercano, ó en determinada montaña, se volvían á reunir los dispersos, se reorganizaban y á los pocos días andaban atacando de nuevo algún punto ocupado por los realistas, ó recorriendo los pueblos donde no había enemigos, engrosando sus filas con nuevos patriotas, y haciéndose de los elementos indispensables para seguir la guerra.

La unidad de mando era imposible en estas circunstancias y cada quien obraba según su inspiración, no siguiendo otra consigna: que la de vencer ó morir; no obedeciendo á otro plan: que atacar al enemigo donde quiera que se encontrara.

Morelos.

Sin embargo, á pesar de esas condiciones en que tan difícil era que alguien ejerciera el mando supremo, brotó en las filas insurgentes una estrella de primera magnitud, que, deslumbrando con sus épicas glorias á todos los partidarios de la independencia, los subyugó con su genio, los dominó con su grandeza de alma y por algún tiempo, el partido independiente tuvo como jefe á un gran general, á un patriota magnánimo, á un ciudadano que sabía respetar la ley: en una palabra, al gran Morelos, figura que se destaca gloriosa entre sus contemporáneos, y que sobresale, á pesar de haber vivido en una época en la cual tuvo la patria tantos héroes á su servicio.

Morelos, que ansiaba dar á la guerra el sello de

grandeza que le caracterizaba y después de tener bajo su dominio gran parte del territorio nacional, convocó á los mexicanos para que mandaran sus representantes á un Congreso que se reunió en Chilpancingo.

Pero el éxito de la guerra estaba aún indeciso; los realistas contando siempre con elementos inagotables, preparaban y equipaban ejércitos formidables.

No era aún tiempo de poner las riendas del gobierno en manos de un Congreso, se necesitaba un Jefe militar. No era oportuno tener un gobierno compuesto de tantos miembros, pues para asegurar su existencia, su estabilidad, se necesitaba no de la escolta que requiere para su protección un general en Jefe en sus constantes evoluciones por el teatro de la guerra, sino de un ejército formidable que pudiese hacer frente á todas las fuerzas enemigas, que ya tendrían marcado el punto á donde reconcentrar el ataque, á donde dirigir todos sus esfuerzos.

Esta falta cometida por nuestro héroe immaculado, con la mayor buena fé, tuvo resultados trascendentales para la patria, pues retardó por muchos años el triunfo de los insurgentes y nos costó la pérdida irreparable de Morelos, que perdió la vida defendiendo al Congreso que él mismo creó; digo irreparable, porque ninguno de los insurgentes que logró ver á nuestra patria libre, tenía una alma tan grande como él; quizá, si él hubiera sobrevivido á nuestra prolongada guerra de independencia, nuestra suerte habría sido otra, porque con su gloria, su prestigio, su inmenso ascendiente sobre sus com-

pañeros de armas, hubiera dominado todas las ambiciones; con su patriotismo y altos sentimientos cívicos de que dió prueba en sus relaciones con el Congreso de Chilpancingo, hubiera encarrilado á la República desde su nacimiento, por un camino endonde hubiera encontrado menos tropiezos, menos escollos, menos vicisitudes.

Pero dejémonos de bordar en el vacío.

Morelos sucumbió debido á una falta cometida por él de buena fé. Su muerte fué una pérdida de incalculable importancia para la patria.

Esa falta la vemos ahora clarísima, porque sabemos cuales fueron sus funestas consecuencias; si hubiéramos vivido en su época, indudablemente hubiéramos participado de sus hermosos ideales, de la noble ambición que lo guiaba de ver á su patria gobernada por representantes del pueblo.

Si insisto algo sobre este punto, es para demostrar cómo los hombres más grandes y más bien intencionados pueden cometer faltas, que á veces llegan á ser de funestas consecuencias para la patria.

Por ese motivo no debemos nunca dejarnos deslumbrar por el brillo del que se encuentra en el poder y para ilustrar nuestro criterio debemos de recorrer las páginas de nuestra historia ó la de otros pueblos, en las cuales encontraremos saludables enseñanzas.

En muchos casos, aun de buena fé, es difícil saber que conducta debe de seguir un pueblo, cuál es la política que más le conviene para salvarse de los enemigos visibles que la atacan con bandera desplegada, ó de los invisibles que se ocultan en la

sombra y que sólo esperan oportunidad propicia para atacarlo; me refiero á los enemigos exteriores y sobre todo á los interiores, que más seguramente minan nuestro organismo, aniquilando nuestras fuerzas. En esos casos, allí está la historia. Consultémosla. Ella nos enseñará el derrotero que han seguido otros pueblos para salvarse; nos mostrará gloriosos ejemplos en donde inspirar nuestra conducta; reglas sabias para que no dejemos torcer nuestro criterio con los sofismas de los que pretenden engañarnos, y encontraremos también en ella, ejemplos reconfortantes que harán renacer en nuestra alma el entusiasmo por lo bueno; la fé en la fuerza de las grandes virtudes cívicas; la seguridad en vencer, si como buenos, sabemos luchar.

En este caso especial, la historia nos enseña que es indispensable la unidad en el mando, como lo tenían establecido los Romanos en su legislación, y según la cuál, cuando la patria estaba en peligro, se nombraba un Dictador con poderes omnímodos.

Terminada esta corta, pero útil digresión, prosigamos nuestro estudio.

Guerra de guerrillas.—Su influencia en el carácter de nuestros libertadores

Una vez muerto Morelos y desbandado el principal núcleo del ejército independiente, la guerra se sostuvo por varios jefes que al frente de sus guerrillas operaban independientemente, siendo el terror de los realistas por su arrojo, su audacia, la rapidez de sus movimientos, lo cual les permitía, con un puñado de patriotas, traer en constante agitación y en constante alarma á tropas muy superiores en número, que sólo atacaban

cuando estaban fraccionadas, resultando de ésto, frecuentes victorias para los insurgentes, á cuyo arbitrio estaba determinar el lugar y día de la batalla, y casi casi el número de sus enemigos.

Estos héroes, á quienes debemos la independencia, viviendo constantemente sobre las armas, teniendo encuentros frecuentísimos con el enemigo á quien derrotaban las más veces, pero que también les infligían descalabros de importancia, llegaron á organizar sus fuerzas perfectamente, puesto que de su organización dependía el triunfo de su causa, para ellos, más cara que su propia existencia.

Esa vida austera del campamento; esas largas y penosas marchas; esos triunfos comprados tan caramente, después de haber sido derrotados; de haber andado prófugos por la sierra, casi solos, perseguidos de cerca por el enemigo, deben de haberles inspirado pensamientos muy bellos; ilusiones muy hermosas que se realizarían cuando la patria fuera libre. Quizá se soñaban ellos con el mando supremo de la República, guiando y dirigiendo sus destinos hacia los ideales que soñaban, con la misma facilidad con que guiaban y dirigían á sus aguerridas huestes. Por otro lado, sólo almas de una elevación verdaderamente rara en el mundo, pueden apreciar en su justo valor sus propios méritos. Sin embargo, la mayoría de los que no tenían esa grandeza de alma, tenían la fuerza de voluntad, que proviene de una modestia incompleta, pero ya muy noble, para no hacer alarde de los servicios que prestaron á la patria y para no proclamarlos superiores á los de sus compañeros; pero en su fuero íntimo, sí lo han de haber creído así, siendo

raras las excepciones. Esos héroes se imaginaban que al conquistar la independencia se habría asegurado de una vez la tranquilidad, la felicidad y el progreso de la patria y grande fué su sorpresa cuando vieron que ésto último no se realizaba y sin vacilar lo atribuyeron á la ineptitud de sus compañeros que la suerte había puesto al frente de los destinos de la Nación y los cuales no la guiaban por el camino que ellos habían soñado; con la mano certera y con la facilidad con que ellos estaban acostumbrados á dirigir sus legiones. No tomaron en consideración las inmensas dificultades con que tropezaban los que tenían que reorganizar un país devastado por once años de guerra; supusieron que para ellos sería más fácil la empresa; que ellos sí serían los que podrían labrar la felicidad de la República y, no conociendo aún la eficacia de las prácticas democráticas, y convencidos del temple de la espada que había servido para conquistar la libertad, volvieron á desenvainarla para que les ayudara á asegurar la felicidad de la patria.

Para estos incansables guerreros, la vida del campamento había llegado á tener grandes atractivos; las luchas los seducían, los decalabros les servían de aliciente; tenían la nostalgia de la guerra y no se daban cuenta de los males que ésta causaba, puesto que los mejores años de su vida los habían pasado viendo al país envuelto en ella; y habían palpado los grandes beneficios que acarrearía la larguísima guerra por medio de la cual conquistaron nuestra independencia.

Indudablemente que á esos móviles tan elevados debemos nuestras primeras revoluciones, pues no

se les puede atribuir otros, á hombres tan puros, tan grandes, como Guerrero y Bravo.

Principales causas de las revoluciones.—El militarismo después de la guerra de independencia.

Al lado de estos héroes; cuyo recuerdo la patria venera aún y que desenvainaron la espada de buena fé, creyendo que

de ese modo cooperarían al progreso de su patria, se alzó una nube de ambiciosos que habiendo prestado servicios menores, reclamaban mayor recompensa, ya por que lograron hacer resaltar sus servicios, como Iturbide y Bustamante, ó porque, con su cinismo desconcertante, desfiguraron los hechos, haciendo aparecer brillantes victorias donde sólo habían encontrado derrotas vergonzosas.

Esos ambiciosos de mala ley, se pasaron á las filas de los insurgentes cuando comprendieron que éstos tendrían que triunfar, pero después de haberlos combatido tenaz y ferozmente, haciéndoles una guerra sin cuartel, persiguiéndolos como fieras, no permitiéndoles en muchos casos antes de fusilarlos, ni los consuelos que habían podido encontrar en las prácticas de su religión. No solamente fueron estos malos mexicanos los verdugos más encarnizados de los libertadores, durante la guerra de independencia sino que una vez conseguida ésta, á la que contribuyeron débilmente con su tardía defección del campo realista, se hicieron pagar muy caro sus servicios; y cuando llegaron á obtener el mando supremo, después de ensangrentar el país con nuevas revueltas, fuéron el azote de la patria, dieron rienda suelta á sus instintos perversos y ejercieron venganzas ruines contra los héroes más que-

ridos y más venerados, como Guerrero que fué fusilado cobardemente y de un modo tan alevoso, que hasta en el extranjero causó indignación.

Desde luego se notó que los verdaderos héroes como Bravo, Guerrero, Victoria, Alvarez tan pronto como comprendieron el mal que hacían al país con las revoluciones, encaminadas sólo á cambiar de Presidente de la República, no volvieron á cometer faltas tan funestas y sólo se les volvió á ver que empuñaban las armas cuando las instituciones democráticas corrían grave peligro de ser para siempre olvidadas y cuando se hacían insufribles las dictaduras militares de los insurgentes de última hora, de los ambiciosos de mala ley que de un modo tan espléndido hacían pagar á la patria sus insignificantes servicios. En cambio, estos últimos, con su afán de dominar, nunca dejaron en descanso á la República con sus continuas asonadas, sus levantamientos, sus revoluciones, siempre ofreciendo al pueblo: orden, garantías, respeto á la religión, pero tan pronto como llegaban al poder, olvidaban sus promesas convirtiéndose en desalmados tiranos.

**Trabajos democráticos
del elemento civil.**

Paralelamente á los abusos de esos militares ambiciosos que debían sus ascensos á la asonada y á la traición y que sólo buscaban en el poder la satisfacción de sus bajas pasiones, notábanse desde un principio los esfuerzos del elemento civil, del elemento sano, que aprovechaba todas las oportunidades que encontraba para hacer sentir su saludable influencia, mandando, siempre que se convocaba á elecciones

de diputados, representantes que supieron cumplir fiel y patrióticamente con su cometido,

Al estudiar atentamente la época que sucedió á la declaración de nuestra independencia, causa satisfacción ver que siempre que de buena fé se convocaba á la Nación para que mandara sus representantes al Congreso, éstos dieron pruebas de gran patriotismo; y si bien, al principio cometieron algunas faltas, hijas necesarias de la inexperiencia, muy pronto enmendaron sus errores, y aquéllas no fueron de tan funestas consecuencias para la República, como las continuas asonadas y revoluciones del insubordinado elemento militarista, que ha sido la verdadera rémora para que el país marche rápidamente á sus grandes destinos impulsado por las prácticas democráticas.

**Reflexiones sobre
militarismo y democracia.**

De cualquier modo que sea, ese hecho nos demuestra que no es tan difícil que se implanten en un país nuevo las prácticas democráticas y para que en México y en las demás naciones hispano-americanas se haya luchado tanto para lograrlo, no ha sido por la ignorancia del pueblo, sino por que después de las grandes guerras, siempre les queda á los países victoriosos la pesada carga de sus salvadores que muy caro se hacen pagar sus servicios y los que aprovechan la situación para explotarla impudicamente en su favor.

Para probar lo anterior, citaré el ejemplo del Brasil que hizo una revolución pacífica para cambiar de régimen de gobierno, y como sus nuevos caudillos no tenían que reclamar grandes servicios,